

www.puntodelectura.com

LUIS LEANTE

Academia Europa

punto de lectura



Luis Leante nació en Caravaca de la Cruz (Murcia) en 1963. Licenciado en Filología Clásica. Ha publicado libros de relatos y novelas entre las que destacan *Paisaje con río* y *Baracoa de fondo*, *El canto del zaigú*, *El vuelo de las termitas* y *Mira si yo te querré* (Premio Alfaguara 2007). También es autor de las novelas juveniles *La puerta trasera del paraíso* (Alfaguara Infantil y Juvenil, 2007) y *Rebelión en Nueva Granada* (Alfaguara Infantil y Juvenil, 2008). Su obra está traducida a varios idiomas.

www.luisleante.blogspot.com

LOS MURMULLOS DE LA TRIBU

LUIS LEANTE

Academia Europa

Título: Academia Europa

© 2003, Luis Leante

© De esta edición: septiembre 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2216-4

Depósito legal: B-32.729-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Ilustración de portada: Fragmento de “Ariadna” de J.W. Waterhouse.1898.

Óleo sobre lienzo, 91 x 151 cm. Colección particular

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*E disse: «Quem é que ousou entrar
nas minhas cavernas que não desvendo,
meus tectos negros do fim do mundo?».*

(Y dijo: «¿Quién es el que ha osado entrar
en mis cavernas que ando ocultando,
en mis techos negros del confín del mundo?».)

Fernando Pessoa

Al principio he pensado que se trataba de una encuesta telefónica. Era una voz tan mecánica e impersonal, que me pareció una de esas llamadas que se cuelan en el despacho cuando más ocupado estás y más prisa tienes. Después me ha parecido más bien la llamada de un bromista desocupado. Si me he quedado un rato a la escucha, en vez de colgar, ha sido porque estaba tratando de encontrar un bolígrafo rojo entre los papeles desordenados de mi mesa. Por fin, cuando ha pronunciado mi nombre completo y el de mi mujer, he sentido un pinchazo en el estómago. La voz del hombre, a esas alturas, sonaba ya irritada, como si le molestara que no me tomase en serio la trágica noticia que me estaba comunicando.

Hace apenas quince minutos que he recibido la llamada telefónica de un abogado de Pírgos para anunciarme que la madre de mi esposa ha muerto. Me resulta tan extraña la palabra «suegra», que apenas me atrevo a pronunciarla o a escribirla. En realidad, la expresión exacta que ha utilizado ese tipo ha sido «madre política».

Todo ha sucedido de forma inesperada, como se produce la mayoría de los acontecimientos trascendentes. Después de colgar el teléfono he empezado a sentirme confuso y aturdido. Debería haberme mostrado menos distante, o interesarme por los detalles de la muerte. Sin embargo, ya es demasiado tarde para manifestar las dudas que me van viniendo a la cabeza como un torrente.

Es una sensación extraña, sin duda. Hace casi diecisiete años que no sé nada de la madre de mi mujer. Me resisto a llamarla suegra. Es demasiado tiempo para que ahora se me cuele la voz de un tipo a quien no conozco, anunciándome que ha muerto. Con frecuencia, en todo este tiempo, me he preguntado qué sería de ella. Su recuerdo siempre fue como algo que flota en el ambiente sin que nadie se atreva a mencionarlo. Muchas veces, al principio de mi matrimonio, me sentí tentado a romper ese pacto tácito que tenemos

entre mi mujer y yo, y hablar de ella delante de nuestra hija con la mayor naturalidad. Pero ha pasado demasiado tiempo. Ignoro si mi mujer le habrá hablado alguna vez a la niña sobre un asunto tan delicado. Pero, conociéndola, casi podría asegurar que ni siquiera le ha mencionado a nuestra hija el nombre de su abuela.

«Me veo en la penosa obligación de comunicarle que su madre política ha fallecido hace dos días.» Exactamente ésas han sido las palabras del abogado de Pirgos. No dijo «ha muerto», sino «ha fallecido», que resulta menos trágico. Y, si no le he colgado el teléfono en ese momento, ha sido porque trataba de encontrar el maldito bolígrafo rojo mientras sostenía el auricular con la oreja y el hombro. Después, cuando he oído mi nombre y el de mi esposa, he sentido un pinchazo en el estómago y un zumbido en los oídos. Mientras escuchaba las explicaciones y las condolencias de ese abogado, no hacía más que pensar en mi mujer. Porque no me va a quedar más remedio que decírselo en cuanto entre por esa puerta.

En junio hará diecisiete años que mi mujer y yo vimos por última vez a su madre, que en paz

descanse. Recuerdo bien la fecha y las circunstancias, porque fue precisamente el día de nuestra boda. Ahora descubro que lo tengo más fresco en la memoria de lo que pensaba. Me parece incluso estar sintiendo el calor asfixiante de aquel segundo día de verano. Y a pesar de todo, la madre de mi mujer vestía de un luto riguroso: medias negras, manga larga, sombrero negro con velo negro, bolso negro, abanico negro. Toda su negrura de viudedad destacaba sobre el blanco inmaculado del verano mediterráneo. No quiso acompañar a su hija en coche hasta la iglesia. Prefirió ir caminando, a pesar de su cojera. El bastón con la cabeza de jaguar plateada, además del vestuario, la avejentaba y le daba un aspecto aún más vulnerable. Entró la última en la iglesia. Se sentó en la última fila. Yo confiaba en que me besaría para felicitar-me, pero no lo hizo. Después de la ceremonia se acercó silenciosamente. A mí no me dirigió siquiera una mirada; no me dijo ni una sola palabra. Sin embargo, besó a su hija y la retuvo en un abrazo que, al principio, me hizo albergar esperanzas. Pero el azar quiso que yo estuviera lo suficientemente cerca de las dos para escuchar lo que le susurró a su hija. Aún no he olvidado las palabras exactas. Le dijo: «Por fin te has salido con

la tuya, cariño. Espero que nunca tengas que arrepentirte de lo que has hecho». Me pareció que la firmeza de su voz se quebraba en las últimas palabras. Luego la vi arrastrar su figura de viuda por el pasillo central de la iglesia, y los bancos me parecieron enormes tumbas con sus lápidas que le abrían el camino para indicarle la salida. La vi alejarse a contraluz por la puerta principal, y no hemos vuelto a saber nada de ella.

Hasta hace un rato. Y tampoco es mucha la información que me ha dado ese tipo de Pirgos. Al menos ahora sé que está muerta: muerta y enterrada. Por lo visto no quería que su hija ni yo asistiéramos al entierro. Todo resulta tan novelesco... Tanto misterio me parece muy propio de ella. Me pregunto si no lo habrá planeado todo para causar el efecto preciso, según su deseo. Si es así, lo ha conseguido. Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que ella pretendía que su muerte cayera sobre nuestras conciencias como un castigo. Ni un dato sobre el motivo de su fallecimiento, ni sobre los últimos años de su vida. Y, sin embargo, tengo la sensación de que ella lo sabía todo de nosotros. Si no es así, ¿cómo ha podido nombrar a su nieta heredera de todos sus bienes? Ni siquiera podía saber que era una niña:

cuando nos casamos, mi mujer apenas estaba embarazada de un mes. La creo capaz de haber contratado a un detective para conocer todos los detalles de nuestra vida. No me gusta ofender la memoria de los muertos; lo mejor es dejar las cosas como están.

Mañana mismo, si ese abogado cumple su palabra, recibiré un sobre con la copia del testamento y los detalles jurídicos para que mi hija herede lo que le corresponde. No será mucho, desde luego. Ella nunca sintió aprecio por lo material; más bien todo lo contrario. Por supuesto que esta academia va a ser de su nieta. Nunca había pensado que ella nos la fuera a ceder a su hija y a mí, ésa es la verdad. Pero, al menos, no fue tan despiadada como para dejarnos en la calle.

Los pinchazos en el estómago se repiten. La maldita úlcera está despertando del letargo de los últimos meses. Eso es lo único que yo voy a heredar de esta vieja academia: la úlcera y la miopía de don Segundo Segura. Sin quererlo estoy rescatándolo de su tumba. Aunque, ahora que lo pienso, su presencia no ha dejado nunca de flotar entre estas paredes, como el olor de la goma de borrar,

del pegamento, del plástico de los libros y las ceras de colores. Siento que los fantasmas que han permanecido dormidos en las entrañas de la academia empiezan a despertar. Un tremendo vértigo se apodera de mí. Miro hacia atrás y me parece estar asomándome a la boca de una caverna tenebrosa, que se adentra en un laberinto y se abre en infinitas galerías en las que resulta fácil perderse para siempre.

Todavía no he olvidado la primera vez que pisé la Academia Europa. Recuerdos como ése me acompañarán siempre, mientras mi cabeza mantenga un mínimo de lucidez. Tengo tan presente aquella extraña sensación, que casi puedo vivir de nuevo el encogimiento y el desánimo que sentí al cruzar la puerta del edificio destartado. El portal de la Academia Europa era como una boca con los dientes podridos. En apenas unos segundos pasé del ajetreo del comercio y las luces de las calles a un portal oscuro y siniestro, que parecía más la entrada a una caverna que a un edificio. Allí se mezclaba el olor a humedad con el zotal y la lejía. Cuando oí que la puerta del portal se cerraba a mi espalda, me pareció haber quedado encerrado en la cámara sagrada de una tumba cretense. Una sola bombilla, pendiente apenas de

un cable pelado, iluminaba la profundidad de aquella gruta. Las escaleras ascendían en espiral y me mostraban con sus sombras el único camino posible. En realidad, me pareció haber retrocedido en el tiempo cuarenta o cincuenta años. La pintura mustia del pasamanos y los desconchones de las paredes debían de llevar más de medio siglo pidiendo una reforma.

La Academia Europa estaba en la segunda planta de un edificio ante el que había pasado muchas veces sin reparar en él. Hasta aquel enero de 1985 nunca pensé que entre sus muros gruesos y anodinos hubiera otro mundo ajeno al bullicio y a la vida de la ciudad. Si no hubiera sido por el anuncio que leí en el bar de abajo, en el que se buscaba un profesor para la academia, sin duda jamás habría entrado en ese mundo de sombras y humedades que me iba a atrapar con tanta fuerza. Subí las escaleras de madera con el corazón encogido. Cada detalle nuevo que descubría entre las sombras me angustiaba y me desanimaba más. Me inquietaba el aspecto de los zócalos de plástico abombados por la humedad de las paredes. Los cables de la luz, viejos y trenzados, parecían las venas envejecidas del edificio. Sin embargo, pensaba en la penosa situación económica por la

que estaba atravesando, y las fuerzas volvían a mi espíritu y a mis piernas. Las dos últimas monedas que me quedaban en el bolsillo me daban ánimo para seguir trepando por los ruidosos escalones.

Me abrió la puerta don Segundo Segura, el director y dueño de la Academia Europa. Aún me parece estar viéndolo oculto tras sus enormes gafas de concha pasadas de moda. Lo seguí por un laberinto de pasillos hasta su despacho. Don Segundo Segura me pareció la persona más gris e insulsa que había visto en toda mi vida. Su aspecto físico parecía el reflejo de su carácter pusilánime y apocado. Resultaba difícil incluso aventurar su edad. Sin duda rozaba la jubilación, aunque sus ropas y sus movimientos lo hacían mayor aún. Su pelo, grasiento y descuidado, estaba a punto de ser derrotado por las canas. Vestía una chaqueta marrón oscuro, chaleco de color impreciso, camisa beige y corbata. La corbata parecía una prolongación de su cuello. Llevaba unos pantalones sujetos con el cinturón por encima del ombligo. Los zapatos parecían haber sobrevivido a muchos y largos inviernos. Uno tenía casi la certeza de que sus andares, arrastrando los pies, no eran más que una forma de no mostrar los agujeros de las suelas. Don Segundo Segura fumaba con un ansia

que llamaba la atención. A veces no se apartaba la colilla de la boca mientras hablaba, y sus palabras salían envueltas en el humo del cigarrillo, subían hasta los agujeros de la nariz y volvían a salir como rechazadas de una gruta oscura y siniestra.

El despacho del director de la academia era también como la sala de un museo antropológico. La mesa parecía sacada de alguna comisaría de mitad de siglo. En un reducido espacio se amontonaban archivos de madera, estanterías vencidas por libros y carpetas descoloridas. Había ceniceros abandonados, llenos de colillas, en casi todos los rincones. El árbol perchero sostenía varios abrigo que podían ser de antiguos directores ya fallecidos. Don Segundo Segura, agarrado al teléfono, era un elemento más del despacho, con el que no desentonaba en absoluto. Le salía la voz sin ganas, como forzada por la presión natural de los pulmones, o por la inercia. A través del balcón que tenía a su espalda llegaban, atenuadas por los gruesos muros del edificio, las luces de la calle. Todo parecía irreal dentro de aquel despacho.

—Siéntese —me dijo en tono neutro después de colgar el teléfono.

En una mano tenía el currículum que yo le había entregado, y en la otra sostenía un cigarrillo

con la ceniza a punto de caer sobre los papeles amontonados en la mesa. Lo empezó a leer con un interés inusitado, como si tratara de encontrar alguna mancha en mi vida académica. Finalmente se quitó las gafas y mostró la fealdad de su rostro sin ningún tapujo. Tenía ojos de miope, muy pequeños y hundidos, y unas bolsas debajo de los párpados que le daban el aspecto de un hombre cansado y harto de su trabajo. Hablaba sin entusiasmo, con un tono muy monótono y adormecedor.

—Así que es usted licenciado en Filología Clásica —me dijo, sin darme tiempo a asentir—. Pues parece usted demasiado joven.

Hizo una pausa, como si esperase alguna justificación por mi parte. En realidad yo no era licenciado en nada. Aquel curso me había matriculado en cuarto de Filología Clásica, con asignaturas pendientes de tercero. Me habían negado la beca de estudios, debía tres meses de alquiler a mis compañeros de piso, y en los bolsillos no llevaba más que una moneda de diez duros y otra de cinco. Mi situación económica —sobra decirlo— era angustiosa. Yo me quedé callado, procurando no darle pie a más preguntas.

—No es eso exactamente lo que andamos buscando —me dijo don Segundo Segura, volviéndose

a poner las gafas—. Necesitamos un maestro con experiencia para impartir clases de séptimo y octavo de EGB principalmente.

Me sentí tremendamente defraudado. Era mi última esperanza.

—Verá usted, en el anuncio no decía nada de eso. Sólo pedía un profesor para dar clases en una academia.

Cuando el director vio que yo hacía el ademán de levantarme, se apresuró a detenerme con el gesto y la mirada. Ahora parecía tan defraudado como yo.

—Veamos, veamos, tampoco hay que precipitarse. Quizá usted tenga razón sobre ese anuncio. Estudiemos el asunto con tranquilidad. Estamos desbordados de trabajo y no nos gusta rechazar nuevas matrículas en la academia. Necesitamos un profesor con urgencia. Si usted es licenciado, no va a tener ningún problema. Veamos: ¿Tiene experiencia en la enseñanza?

—No —le dije sin titubear y, enseguida, rectifiqué—. Bueno, excepto las clases particulares de verano.

—De acuerdo —y empezó a tomar notas en una cuartilla amarillenta—. ¿Ha hecho usted el servicio militar?

—Sí —le mentí.

—¿Tiene usted hijos?

—No.

—Bien —dijo como si se alegrara de aquella circunstancia—. ¿Tiene usted esposa o familiares a su cargo?

—No.

—Estupendo, estupendo, eso está bien. La familia termina por convertirse en una lacra —y al levantar la cabeza y ver mi gesto de desconcierto añadió—: Económicamente, se entiende.

Me hizo algunas preguntas más de ese estilo y, finalmente, me dijo:

—Pues no perdamos más tiempo. La plaza es para dar clases de Física y Química de séptimo, Ortografía y Lenguaje de octavo, repaso general de cuarto y quinto, y también Derecho y Contabilidad para las oposiciones de la Administración del Estado.

Sentí como si aquel hombre hubiera descargado sobre mis hombros una losa muy pesada. Esperó hasta verme parpadear y, luego, añadió:

—El horario es de lunes a viernes, de seis de la tarde a diez de la noche. Tendrá usted que darme una respuesta lo antes posible, a poder ser ahora mismo.

Me daba una vergüenza terrible reconocer delante de un veterano de la enseñanza que el trabajo que me ofrecía me quedaba grande por todas partes. Sin duda, yo no estaba preparado para aquello. Mi única meta en la vida, por entonces, era terminar la carrera y dedicarme a escribir unos versos mediocres que yo consideraba arte en estado puro.

—¿Y cuánto voy a cobrar? —dije, tratando de que no me temblara la voz.

El director me miró, se quitó las gafas y empezó a enredarse en un circunloquio.

—Bueno, veamos, debe usted considerar que aún no sabemos si va a adaptarse a este trabajo. Aquí hay profesores con muchos años de docencia que...

Me levanté de malhumor, como si hubiera perdido en aquel despacho un año entero de mi vida. Inmediatamente don Segundo Segura cambió su discurso:

—No puedo darle más que nueve mil pesetas. Si cumple bien su trabajo y nosotros estamos contentos con usted, más adelante hablaríamos de otra cantidad. Por el momento es lo máximo que puedo ofrecerle.

Me pareció una cantidad miserable. Sólo para el alquiler del piso necesitaba ocho mil quinientas

pesetas. Y eso sin contar con los meses de retraso que me habían llevado a la ruptura de relaciones con los otros compañeros de piso. Sin embargo, sin aquel dinero mi situación era ya insostenible.

—Acepto —le dije—, pero necesito un anticipo. No puedo esperar hasta final de mes.

Don Segundo Segura me miró como si hubiera escuchado un disparate. Permanecí impertérrito. Se quitó las gafas, arqueó las cejas y echó mano a la cartera. Me dio quinientas pesetas y enseguida las apuntó con una caligrafía diminuta en una libreta que sacó del cajón de su mesa. Tan ridículo me pareció todo, que llegué a pensar que se trataba de una broma. El hombre escribía como si estuviera redactando un pagaré millonario. Luego levantó la cabeza y dijo:

—Mañana mismo puede usted empezar.

Con el paso de los años sigo pensando que aquélla era la frase clave que estaban esperando los profesores de la academia para aporrear la puerta con suavidad.

—Adelante, adelante —dijo el director.

Como dos hurones que metieran el hocico en una madriguera, asomaron las narices don Cirilo Cifuentes y don Efrén Escolano. El primero,

bajo y corpulento, vestía americana y chaleco de punto de la misma época que la ropa del director, con una corbata que parecía pintada sobre la camisa. El otro, alto y enjuto, llevaba pajarita y una pipa en la mano. Parecían un dúo cómico. Se esforzaban para que sus rostros mantuviesen la seriedad en los gestos, pero era fácil adivinar que estaban deseando conocer al nuevo profesor. Sin duda, habían estado todo el tiempo con la oreja pegada a la puerta. Don Segundo Segura hizo las presentaciones. Enseguida me sentí examinado minuciosamente por aquellos dos pares de ojos. Hablaban sin apartar sus miradas de mí. Entre ellos se trataban de usted.

—Así que es usted licenciado en Filología Clásica —dijo don Efrén en un arranque de espontaneidad que lo puso en evidencia, y añadió—: *arma virumque cano, Troiae qui primus ab oris Italiam fato profugus Laviniaque venit litora.*

Pronunció los versos de Virgilio como si fueran una letanía. Me dio la impresión de que aquellos dos hexámetros habían dormido en su memoria más de medio siglo, esperando el momento de soltarlos y sentirse libre para siempre de su carga. Don Efrén Escolano miró a sus dos colegas y se puso muy serio. Vistos así, uno al lado

del otro, parecían una fotografía en sepia que hubiera tomado vida en aquel mismo instante. Me acompañaron los tres a la puerta, con una cortesía que empezaba a resultarme empalagosa. Sin duda trataban de causar buena impresión, aunque no lo conseguían.

Salí a la calle con la sensación de haber estado bajo tierra durante varios días. Había anochecido ya. En mitad del frío de enero me sentí como en la más hermosa de las primaveras. Me pareció que el ajetreo de los transeúntes estaba más animado que de costumbre. Incluso tuve la extraña impresión de que las farolas iluminaban con más intensidad. De repente la idea de tener que entrar de nuevo en aquel edificio me produjo una angustia pasajera. Apreté el paso. Mis tripas se movían, tratando de encontrar algo sólido. Toqué las monedas que llevaba en el bolsillo y tragué saliva. Desde la noche anterior no había comido decentemente. Pero ahora todo iba a cambiar. Aunque no podría pagar mi deuda aún, al menos el alimento de los próximos días lo tenía asegurado. Eso me animaba. No quería pensar en el día siguiente. Ahora sólo deseaba alejarme cuanto

antes de allí. Apreté el paso, invadido por un entusiasmo repentino.

Subí de dos en dos las escaleras de mi piso. Estaba convencido de que, cuando les contara a mis compañeros que había encontrado trabajo, cambiarían la actitud hostil que habían mostrado hacia mí en los últimos tiempos. Pero la ilusión se esfumó enseguida. Encontré en el descansillo todas mis cosas amontonadas junto a la planta de plástico. Aquello era todo lo que yo tenía en la vida: un flexo, unos pocos libros, alguna ropa y una máquina de escribir. La mayor parte de mis cosas las había ido vendiendo poco a poco: el radiocasete, los diccionarios, los manuales en alemán, los libros bilingües. Intenté abrir la puerta, pero habían cambiado la cerradura. Lo primero que hice fue buscar el manuscrito de mis poemas entre el equipaje. Allí estaba; ni siquiera se les había ocurrido quedárselo para obligarme a pagar mi deuda: en tan poca consideración los tenían. Eché una ojeada a las bolsas de supermercado en donde habían metido la ropa y los apuntes. Allí cabía toda mi vida. Sentí un hormigueo en el estómago y un ligero temblor de piernas. Me senté en el último de los escalones. Quería llorar, pero no tenía ganas. Hundí la cara entre mis manos y pensé en la fugacidad de la fortuna.

En cuanto Montse me vio cargado con el equipaje, supuso lo que había sucedido. Abrió la puerta del todo y me dejó pasar. Montse era el consuelo de mis penas, el hombro sobre el que llorar, la musa de los poemas que aún no había escrito. Montse era la única persona que se preocupaba por mí. Me habría gustado enloquecer perdidamente de amor por Montse, pero ella nunca me lo permitió. Para Montse una persona enamorada era una persona enferma.

Me dio de cenar, escuchó mis lamentos y me hizo un hueco en su cama. Esa noche habría sido capaz de decirle a Montse que la quería, pero no me atreví; tan grande era el miedo de que me echara de su casa. Después de hacer el amor le conté lo del trabajo en la Academia Europa. Al principio se ilusionó tanto, que llegué a pensar que tal vez aquel trabajo mereciera la pena. Pero, cuando le dije cuánto iba a ganar y el trabajo que tenía que hacer, se quedó callada. No hizo ningún comentario, aunque yo sabía lo que estaba pensando.

—Si quieres, puedes quedarte aquí unos días hasta que encuentres un lugar para instalarte —me dijo.

Era más de lo que podía esperar de una mujer tan independiente como Montse. Por eso me emocioné. Le prometí escribirle un poema al día siguiente, y ella me besó como si acabara de alabar su inteligencia.

No pude pegar ojo en toda la noche. Mientras Montse se revolvía a mi lado, yo permanecía con la mirada clavada en el techo. Sabía que aquel trabajo no me iba a sacar de la penuria en que me encontraba. Cada vez que pensaba en el ruinoso edificio de la Academia Europa sentía temblores. Pensé tantas cosas, que al final el amanecer me sorprendió sumido en una gran angustia. Y entonces decidí que esa misma tarde hablaría con don Segundo Segura para decirle que el sueldo me parecía una miseria y que un poeta como yo no podía rebajarse a trabajar por un plato de lentejas. Le diría adiós y saldría por la puerta con la cabeza bien alta.